

Sin dotación económica para sobrevivir —ni en la Universidad ni en el Consejo— toda la primera generación de iniciales discípulos de Laín atraídos por ese primer período de su actividad que culminó en 1950, se perdió. Creo que la ausencia en la Universidad española de esta generación ha sido muy perjudicial para el posterior desarrollo de la historia de la Medicina como disciplina académica. Pero éste es otro problema.

En apenas diez años —los transcurridos entre 1938 y 1949—, Laín supo llevar hasta sus últimas consecuencias planteamientos, muchos de ellos apenas esbozados, del programa de *Kyklos*. En efecto, en el Burgos de 1938 inició su aprendizaje en historia de la Medicina con las indicaciones recibidas de Paul Diepgen, catedrático de historia de la Medicina de lo que ahora es Humboldt Universität de Berlín (DDR), acompañadas del aprendizaje instrumental del latín y del griego. Estos idiomas, junto con el alemán, inglés, francés, italiano —aprendidos en sus años mozos— serán instrumentos que le permitirán *hacer* historia de la Medicina original. La solidez del aprendizaje de las lenguas clásicas quedó demostrado en las bellas y correctas traducciones de los documentos clínicos de la Grecia clásica (la historia clínica hipocrática), del *consilium* medieval o de los relatos patográficos de los siglos XVI, XVII y XVIII, utilizados en su libro *La historia clínica*, o en sus ejemplares monográficas *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* y *La medicina hipocrática*, esta última otro punto final y superlativo de un pequeño esqueje plantado también en *Kyklos* por Owsei Temkin. ¿Por qué en muchos de los actualmente llamados profesionales de historia de la Medicina falta esta exigente preparación básica? Una lección de la biografía de Laín que, por vía ejemplar, más me ha impresionado es esa capacidad suya de poner en práctica la doctrina que él llama del «como si»: trabajar en la situación en que uno se encuentre, por penosa que sea, como si esa situación fuera a durar siempre; no esperar tiempos mejores o situaciones óptimas. Algo que en España quienes vivimos nuestra disciplina alejados de los pocos núcleos documentales existentes (bibliotecas, archivos), debemos practicar continuamente. Ahora bien, ¿por qué escribió a Paul Diepgen solicitando consejos para iniciarse en historia de la Medicina y por qué incorporará ésta a un proyecto vocacional y profesional ya bastante definido?

Los datos suministrados por el propio Laín en su autobiografía, nos permiten elaborar una respuesta.¹³ La decisión de incorporar la historia de la Medicina a su proyecto vocacional y profesional y de escribir al profesor alemán fue consecuencia de la tremenda conmoción que para quienes la vivieron en su carne fue la guerra civil española, y de la seducción que sobre Laín ejercía entonces la cultura universitaria alemana. Me explico. A través de una serie de peripecias académico-biográficas, Laín concluyó sus estudios de Química (1927) y de Medicina (1930) con el convencimiento de que su vocación intelectual debía caminar por el cultivo *teórico* del área de estudio que eligiese. En su autobiografía cuenta muy bien cómo esa área pasó de la «materia cósmica» (estudio teórico de la química física) a la «intimidad del hombre» (psiquiatría más antropológica que manicomial). Lo que en su vida pasó —desde el punto de vista profesional— entre 1930 en que concluyó sus estudios de Medicina y el invierno de 1936 en que don Juan Barcia Goyanes le propuso dar un curso de verano en Santander que tuviera como

Para los detalles contados y para los que a continuación siguen, véase Descargo, pp. 137-39 y 154-55.

objetivo «el delinear... una idea... integral y humana de la enfermedad y de su tratamiento», no hizo sino confirmar su vocación de estudioso teórico de problemas que pronto iban a concretarse definitivamente. En efecto, la preparación de esa curso fue decisiva. La frenética ilusión con que se lanzó a la preparación de su parte —«leí y leí con tensa vehemencia; compuse multitud de esquemas personales»— dio como fruto que por primera vez en su vida se encontrara vocacionalmente a sí mismo ante «la perspectiva de caminar hacia una antropología por igual filosófica y médica» intentando, por ejemplo, «estudiar cómo la enfermedad es siempre un acontecimiento vital de quien la padece, además de ser una lesión anatómica y un desorden bioquímico de su cuerpo». Esta fue una de las veinte cuestiones abordadas «que *como posibilidad intelectual* rápidamente me apasionaron». También entonces vio claro que la plataforma profesional adecuada para llevar a cabo ese proyecto era la cátedra universitaria. Para nada aparecía la historia de la Medicina.

Si la guerra civil comenzada el 18 de julio de 1936, impidió a Laín impartir la parte del curso que le correspondía, su mismo drama iba a despertar en él con fuerza la conciencia histórica. La historia era la única posibilidad que se abría desde un presente atormentado que tenía un pasado que había que comprender si se quería proyectar un futuro nuevo. Años más tarde Laín definirá el saber histórico como «un recuerdo de lo que fue al servicio de una esperanza de lo que acaso sea». ¹⁴ La historia se le plantea como profunda exigencia vital. Es entonces, en 1938, en lo que él llama «cavilaciones del Hotel Sabadell» en Burgos, cuando encontró la definitiva clave metodológica para abordar las dos áreas que consumirán lo mejor de sus energías intelectuales: el problema de la cultura y la ciencia en España, y la construcción de una antropología médica. Esta última hecha a través de la historia de la Medicina. Así entendida la antropología médica, se presentaba como «un dominio intelectual... prácticamente virgen, acaso por su posición intermedia entre la medicina teórica, la filosofía y la historia del saber médico». ¹⁵ La cátedra universitaria sigue siendo la plataforma adecuada y buscada; «en el orden concreto de los proyectos personales, ¿no podría ser ese (la antropología médica a través de la historia de la Medicina) un camino hacia la docencia universitaria?» ¹⁶ Su formación alemana —amplió estudios de psiquiatría como pensionado de la Junta en Viena (1932)— y la evidente seducción que en él ejercía entonces la cultura y universidad alemanas, le movieron a escribir al profesor de historia de la Medicina de Berlín. No había nadie en España con una mínima autoridad científica en este campo.

Laín dio a la historia de la Medicina un sello muy personal, inexistente en Alemania o en cualquier otro lugar, al convertirla en un estadio —e instalarla teóricamente en una situación ancilar— de lo que él llamó «su» vocación: la «metódica elaboración de la historia de la Medicina al servicio de la antropología médica». ¹⁷ Evidentemente no se trata de un estadio en un ascender perfectivo, al estilo comtiano. Sí, en cambio, el recurso metodológico, a la vez que uno de los anclajes reales —el otro era la realidad

¹⁴ Mi oficio, p. 65.

¹⁵ Descargo, p. 249.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Ibid., p. 268.

biomédica misma que se intentaba explicar por vía intelectual—, que impedía que la reflexión antropológica médica —por genial que fuese— corriese el riesgo de quedarse en mero «caldo de cabezas». Historia y teoría será un binomio siempre constante en los acercamientos de Laín. La historia será un arma de análisis, un instrumento de reflexión. Creo que haber demostrado su eficacia y fecundidad en el mundo médico es uno de los motivos de satisfacción personal e intelectual de Laín. Ese es uno de los aspectos que me deslumbró en Valencia. La labor de antropólogo médico era «su» vocación, no la de ninguno de los que a comienzos de los años 60 nos movíamos por Valencia o fuera de Valencia, aunque la utilización de muchos de sus logros teóricos y conceptuales como antropólogo médico resultara extraordinariamente fecundo en el análisis y comprensión de un concreto problema historicomédico. Se producía un interesante «feedback» entre ambas disciplinas.

Quisiera destacar otro aspecto íntimamente relacionado con lo anterior y que ya ha sido aludido. Aspecto que no dejó de operar positivamente sobre el entonces pequeño y modesto grupito de Valencia. Me refiero a su condición de profesor universitario y al modo como la ejerce. En efecto, por lo explicado, la cátedra no podía ser otra cosa que la plataforma profesional desde la que llevar a cabo su programa de antropología médica desde la historia de la Medicina. Es más, al contrario de lo que suele acontecer a la inmensa mayoría de catedráticos españoles —y más si lo son de las llamadas escuelas profesionales—, con el paso de los años, y especialmente desde febrero de 1956, la realización de su programa científico *desde* la cátedra se quintaesenció. Será el Laín profesor universitario que yo conocí en 1961, que tras romper total y definitivamente con el régimen franquista, que demostró entonces su «radical incapacidad para revisar y rebasar sus presupuestos político-sociales y político-religiosos», podía ser él mismo, «una persona —como de sí mismo escribe— que tras tantas vicisitudes alienantes y tras tantos engañosos espejismos, definitivamente había encontrado su propia realidad íntima: esa recoleta estancia interior y esa personal instalación en la vida donde por modo indiscernible se funden entre sí, con gozo en unos casos, con dolor en otros, la conciencia de lo que uno es, quiere ser y puede ser y la conciencia de lo que uno no es, no quiere ser y no puede ser».¹⁸ Lo que era, quería ser y podía serlo, por lo que respecta a la historia de la Medicina ya ha quedado más o menos expuesto.

Desde que ganara la cátedra (1942) abandonó la práctica profesional —su «tienda psiquiátrica»— después de resistir en ese mismo año, recién ganada la cátedra, la doble tentación —económica y científica— de la interesante oferta, hecha por don Carlos Jiménez Díaz, de iniciar y cultivar la patología psicosomática en el seno de su equipo médico. «Decidí seguir —nos cuenta— hasta el fin de mi vida el incierto camino de profesor-escritor.»¹⁹ Cosa que ha cumplido y viene cumpliendo. No pretendo explicar cómo salió adelante en este empeño en una universidad que hasta la segunda mitad de los años sesenta no supo pagar con un mínimo decoro a su profesorado superior y posibilitar el reconocimiento oficial de la dedicación exclusiva a la doble tarea universitaria de hacer ciencia y enseñarla. No sé en Madrid, pero en la Valencia de los años 60

¹⁸ Ibid., p. 441.

¹⁹ Ibid., p. 347.

uno de los muy pocos profesores que campíaa esa función «en exclusiva» era el de historia de la Medicina. No me cabe la menor duda que en la terca decisión de José María influyó, por vía de ejemplo, la propia instalación profesional de don Pedro. En ese ambiente crecí. Dedicación a la historia de la Medicina desde la condición de profesor universitario en la Facultad de Medicina como única actividad profesional, fue algo íntimamente unido al descubrimiento e internalización del programa de Laín de la historia de la Medicina como disciplina médica para uso y servicio de los médicos.

La idea de la historia, aprendida en una Facultad de Medicina, como instrumento válido y necesario para profundizar en los problemas médicos, la verifiqué cuando estudiante, en mí y en los mejores de mis compañeros de Facultad. Como profesional, durante casi veinte años, en la universidad española y no española, he intentado llevarla a la práctica. Las mejores satisfacciones de mi vida académica las he experimentado cuando en Valencia, en Granada o, ahora en Santander, mis alumnos al fin de una sesión de seminario, en el comentario apretado o un poco jadeante tras la clase, en la charla informal en torno a un café o una cerveza, en el encuentro impensado al cabo de años de haber concluido la licenciatura, me dicen —cada uno a su modo— que entienden y hacen mejor la medicina desde que dieron «la historia» y desde la historia, lectores ya «enganchados» de los clásicos. Una historia de la Medicina que sigue siendo útil y necesaria al médico, al estudiante de medicina; que sigue mostrando la vitalidad de un programa explícitamente lanzado por Laín en 1950 en esa ya clásica pieza del análisis histórico del acto clínico que es *La historia clínica*. Libro que desde aquí pido a su autor que reedite.

Luis García Ballester



Fig. 1

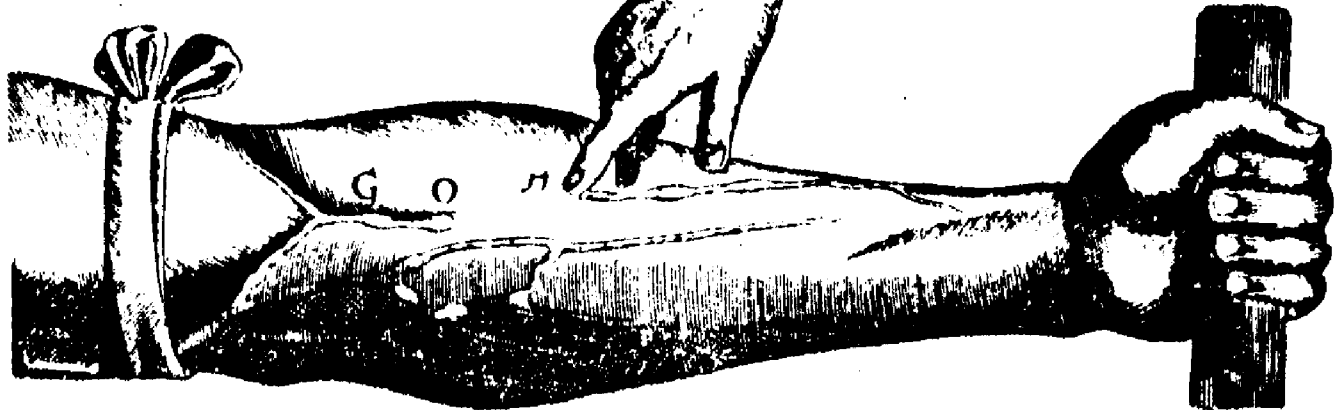


Fig. 2

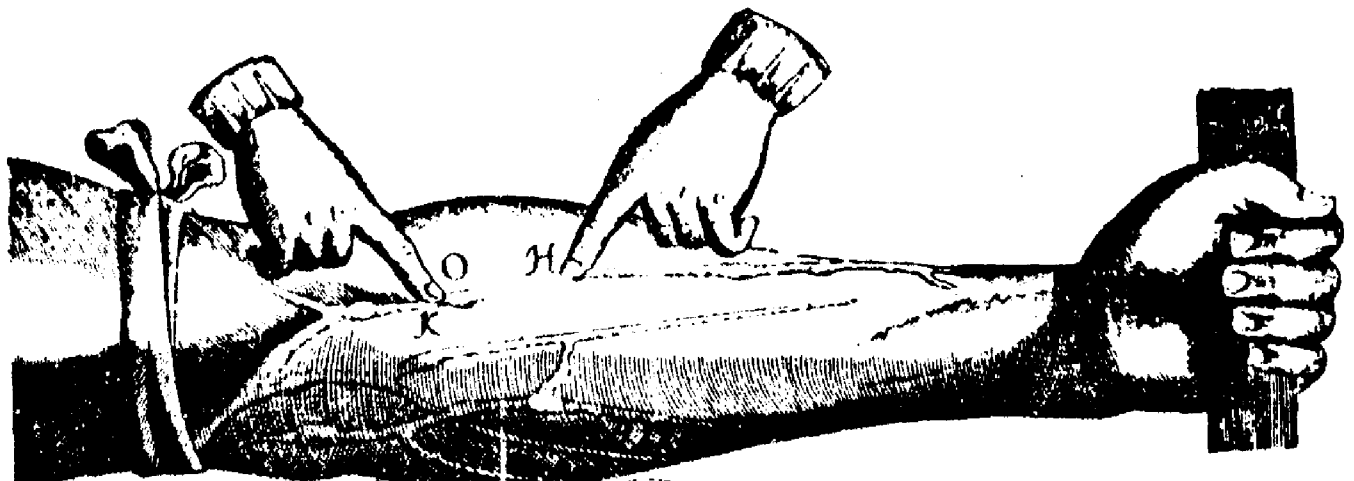


Fig. 3

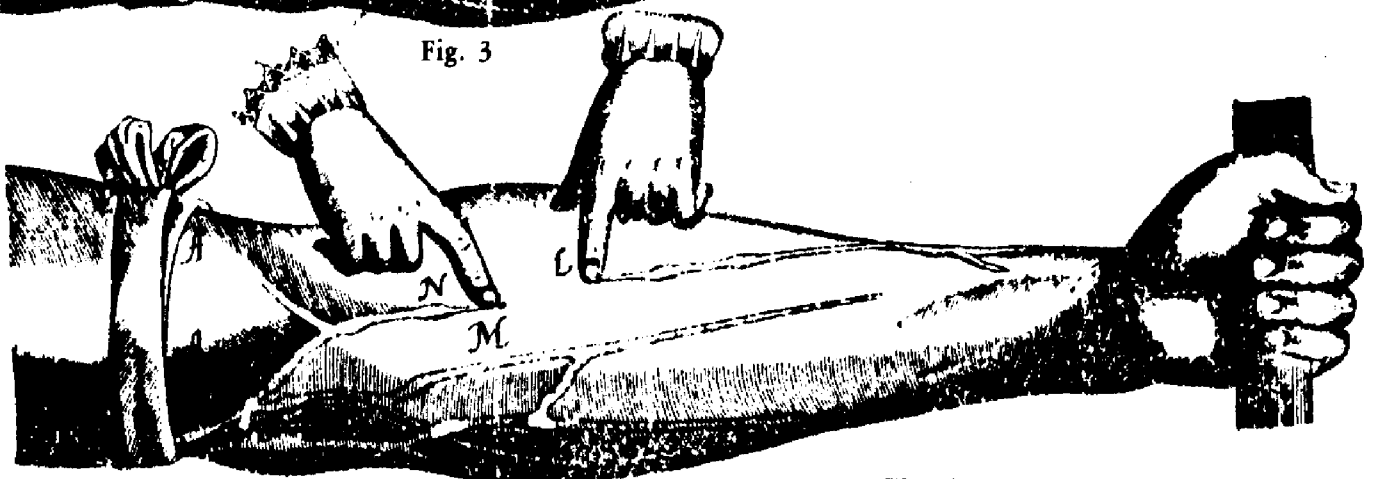


Fig. 4

William Harvey: De moto cordis (1628)